

Retazos de la memoria: recuerdos de “Eldorado dos Carajás”

Cléria Botelho da Costa*

Resumen:

Neste artigo pretendo reconstruir as recordações de experiencias vividas por integrantes do Movimento dos Sem Terra (MST), no Massacre de Eldorado dos Carajás ocorrido no Estado do Pará, ao Norte de Brasil, em 1996. Nessa reconstrução buscarei identificar as lembranças enquanto recriações de outrora, no presente, enquanto traços constitutivos da memoria. O argumento utilizado é o de que as memorias reconstruidas sobre Eldorado dos Carajás se configuram com um direito dos Sem Terra, uma vez que é a partir das verves do passado, do conhecimento de nossas raizes que são construidas/reconstruidas as identidades. Em outros termos, as lembranças constituem a seiva das identidades, cerne na constituição da memoria. A partir desse argumento, entendo que as lembranças de El Dorado dos Carajás constituem um direito não somente dos Sem Terra, mas de todos os brasileiros, uma vez que as identidades/memorias, são forjadas, reconstruidas a partir do solo historico do país.

Diante disso, vale lembrar que a historia dos direitos humanos no Brasil é edificada por meio de rebeliões, de insurreições, revoltas dos que lutaram contra a dominação, principalmente, no que concerne a desigualdade social. Talvez, por isso, a representação de direitos humanos foi e continua sendo apreendida como algo subversivo e transgressor. Nas ultimas decadas, as classes populares e os movimentos sociais têm feito uso intenso desses direitos como instrumento de transformação da ordem, o que explica a ação energica de determinados grupos conservadores, no sentido de tentar associar a causa dos direitos humanos á mera defesa de pessoas que cometeram um delito. Disso decorre acusações falsas tais como: “direitos humanos é coisa de bandido” ou “onde estão os direitos das vítimas?”

Metodologicamente, a pesquisa foi encaminhada sob a otima qualitativa e teve como fio condutor a historia oral acrescida de informações coletas em jornais. Minha interpretação dos vestigios coletados tentam decifrar os sentidos daquela experiencia para os Sem Terra e para seus opositores com a compreensão de que os significados de uma experiencia são construidos a partir do lugar de fala de cada sujeito.

* Profesora del Departamento de Historia de la Universidad de Brasilia, en nivel de pre-grado y Postgrado.

Retazos de la memoria: recuerdos de “Eldorado dos Carajás”

*E quando a terra retornar
Aos filhos da terra,
Repousarás sobre os ombros
Dos meninos livres
Que nos sucederão*
Pedro Tierra

En este artículo pretendo reconstruir los recuerdos de experiencias vividas por integrantes del Movimiento Sin Tierra (MST), en el Masacre de Eldorado dos Carajás ocurrido en el Estado de Pará, al Norte de Brasil, en 1996. En esa reconstrucción busco identificar los recuerdos y las identidades en cuanto recreaciones de otrora, en el presente y trazos constitutivos de la memoria. El argumento utilizado en el texto es que las memorias de aquella experiencia traumática fueron reconstruidas a partir de la tensión, de la ambivalencia de ser sin tierra y ser propietario rural... Así, entiendo que la construcción de memorias se realiza en los meandros de la construcción /reconstrucción de las identidades y en la tensión de la disputa de poderes. Intento además, descifrar a partir de las narrativas orales, los sentidos de aquella experiencia para los sin tierra y para sus opositores en una comprensión de que los significados de una experiencia son construidos/reconstruidos a partir del lugar de habla de cada sujeto.

Eldorado dos Carajás: recuerdos y sentidos

Muchos trabajos abordan la cuestión agraria brasilera, sin embargo, son todavía pocos los que buscan incluir en sus análisis los significados que los propios trabajadores rurales atribuyen a sus quehaceres, deseos y conflictos vividos en el cotidiano del trabajo con la tierra. O sea, que buscan entenderla como construcción histórica, cuyos contenidos no están previamente definidos y delimitados por una esencia universal, mas corresponden a la dinámica de los conflictos reales.

La realidad brasilera, en los años 90, fue el escenario de una tragedia - Eldorado dos Carajás - escenificada en el tablado de la vida y protagonizado por trabajadores rurales sin tierra, propietarios rurales y aliados. Era febrero de 1996 cuando más de dos mil familias de trabajadores rurales Sin Tierra, acampados hacía 6 meses al lado de la carretera 275, en Pará, decidió “ocupar”¹ la hacienda Macaxeira, de 42.448 hectáreas y solicitar la desapropiación de la misma.

Manoel de Barros, un Sin Tierra de 35 años que vivió la experiencia del campamento me relató con emoción fragmentos de sus recuerdos:

“En febrero de 1996 más de 2 mil familias que estaban desde septiembre en el campamento de 42.448 hectáreas. El gobierno nos prometió asentar y enviarnos alimentos. Pero los alimentos no llegaban, después de una semana, como el hambre era grande, decidimos caminar hasta la capital para presionar. Cuando llegamos cerca a Eldorado dos Carajás bloqueamos la pista 275, para cobrar lo prometido. El Mayor llegó, garantizó alimento por un día. Al otro día llegó al campamento otro oficial diciendo que el gobierno rompió con el

¹ Para los Sin Tierra “ocupar” significa resistencia a la opresión bajo la forma de desobediencia civil. Ellos buscan salir de la exclusión económica, social, política y cultural en que viven a través de la trasgresión a un derecho fundacional de nuestra sociedad: el derecho a la propiedad privada.

acuerdo. Bloqueamos nuevamente la pista, después llegaron 155 policías más de los batallones de Pará e se pudrió todo...”

(septiembre de 2003)

Las narrativas de los Sin Tierra son aprehendidas en este texto como vestigios, como pistas para la reconstrucción de las imágenes y los sentidos sobre Eldorado dos Carajás. El señor Manoel rememora la aurora del conflicto. Reconstruye recuerdos de La “ocupación” de la hacienda Macaxeira, destaca la dimensión de la hacienda así como el bloqueo de la pista y la llegada de la policía. En cuanto al primer recuerdo - “ocupación” de la hacienda Macaxeira, vale resaltar que El movimiento de los Sin Tierra reconoció desde su formación en los años 80, como práctica política, la ocupación de haciendas improductivas; de órganos públicos; la obstrucción de carreteras entre otras.

La vasta dimensión de la área de la hacienda, señalada por el narrador simboliza la existencia de grandes latifundios en la área, situación que se agrava por ser El estado de Pará la puerta de entrada de las tierras De la Amazonía, codiciadas por varios países del mundo; El desaguadero de millares de trabajadores rurales en busca de tierra y de otros contingentes atraídos por la ilusión del oro, de las piedras preciosas. Allí están presentes grandes grupos financieros e industriales como: Volkswagen, Liquigáz, Banco Real, entre otros, beneficiados por la reducción de impuestos y que amplían las tensiones existentes en el área. Según datos ofrecido por el *Atlas Fundiário do Brasil*, la región norte, en los años 90, era el área de mayor concentración fundiaria del país. Otro elemento fuerte señalado por la narrativa es la miseria vivida por aquellos trabajadores rurales, expresada en una de sus formas más crueles: el hambre. Sobre esta es bastante expresivo el discurso de la señora Nina, otra sin tierra que participó de la “ocupación” – “siempre dijimos que la tierra se puede negociar, pero el hambre no”.

Otro sin tierra, el señor Geraldo de Souza, 40 años, en su narrativa continúa la recomposición de las imágenes-recuerdos de la matanza de Carajás en tiempo presente:

“Cuando bloqueamos de nuevo la carretera 155 policías viniendo de Marabá llegaron de los dos lados de la pista, lanzando bombas de gas lacrimógeno. Ahí, nos enfrentamos tirando piedras y palos. En esa confusión el “sordito” llevó un tiro en el pie, cayó y fue muerto con un tiro en la cabeza. Ahí, quedamos furiosos e comenzamos a tirarles lo que encontrábamos. Los policías disparaban ametralladoras, fue una guerra. Muchos de nosotros salimos corriendo con las balas zumbando cerca y 12 trabajadores de nuestro movimiento recibieron tiros certeros en la cabeza y en la región del corazón y siete murieron con material cortante que les fue arrojado. Fue una guerra...”

(Septiembre de 2003)

Y la señora Elke, 27 años, reconstruyó con palabras y voz trémula, parte de la emoción que vivió al presenciar el asesinato de Oziel Pereira, 17 años, líder del movimiento de los Sin Tierra en la región:

“Yo vi cuando él fue amarrado en una camioneta y torturado por más de cuatro horas. Cuando iba para el hospital, él fue muerto con tiros en el oído. Sus últimas palabras fueron: ¡viva el movimiento de los Sin Tierra!. Él era así mismo.”

(septiembre de 2003).

Los recuerdos de Eldorado dos Carajás reconstruidos por el señor Geraldo y por la señora Elke de Fátima y doña Nina traducen la lucha por la tierra, en Brasil, como espacio de dolor simbolizada por la sangre derramada por los Sin Tierra en muchos conflictos agrarios, por la miseria que ronda su vida cotidiana en diversas regiones del país, sobretodo, durante los “campamentos”². Dolor que se manifiesta, también, en la pérdida de la tierra que cultivó, mas no cosechó los frutos, en dejar para atrás la tumba de sus familiares queridos, la cabaña que los vio crecer, sus saberes de hombres de la roca, en fin, su cultura y sus memorias de labrador. El relato de doña Elke reconstruye escenas de violencia física que culminaron en la muerte de Oziel, uno de los miles de trabajadores rurales sin tierra que hicieron florecer la tierra reseca y la tierra estéril dar frutos, que querían transformar en vivencia lo que la Constitución promete y acabaron como víctimas de grandes propietarios rurales. Fue en la lucha que Oziel y muchos otros compañeros defendieron la vida y dignidad humana.

Con todo, a pesar de la indignación, de la revuelta y de la perplejidad que vivieron en el momento, los recuerdos narrados revelan que los sin tierra no se quedaron impasibles durante la masacre. El señor José Elimar rememora: “la indignación: “la indignación se apoderaba de nosotros y les tirábamos todo lo que encontrábamos en el camino”. Indignaciones que significaron una respuesta de aquellos que durante siglos fueron y continúan siendo excluidos, que habiendo caminado por largos años en el suelo de una larga noche de humillación, en los años 1990, reafirman en el gesto de la lucha colectiva, de la resistencia, de la desobediencia, su condición de sujetos de la Historia. Y, al reafirmarse como sujetos sociales activos, definen lo que consideran ser sus derechos y luchan por su reconocimiento. En fin, luchan por el ejercicio de la ciudadanía.

Los relatos reconstruyen con sensibilidad imágenes de la violencia por ellos vivida en Carajás y, según mi interpretación, reafirman la exclusión de ese grupo en la sociedad brasilera. Por el hecho de no contar con un pedazo de tierra para cultivar, los labradores sin tierra están amenazados en cuanto a la posibilidad de su propia reproducción física, social y cultural. Son económica, social, cultural y políticamente excluidos de la sociedad brasilera dadas sus condiciones de existencia: subempleo, desempleo, descalificación profesional, morador de las periferias urbanas, carente de salud y educación básica y, sobretodo, por serle negada la condición de sujeto de su historia y el reconocimiento como tal, además del precario acceso a la cultura y a los bienes culturales.

Así, el dolor físico o del alma por causa de la exclusión, componían el escenario de la vida cotidiana de los Sin Tierra brasileiros de los años 90, situación que con pocas modificaciones, continúa hasta hoy. La estructura agraria del país entre 1995\1996 nos permite ver que el área ocupada por inmuebles rurales era de 353 millones de hectáreas. Grandes hectáreas de más de mil hectáreas representaban el 1% del total y ocupaban 47% del área (Censo Demográfico: 1996). Datos que revelan claramente la concentración agraria, el perfil de la profunda desigualdad existente en el país. Una mirada detenida para el pasado brasilero revela que esta concentración agraria viene de lejos, desde los tiempos coloniales. En esa época la tierra era aprehendida por la élite colonial como un efectivo medio de producción de riqueza y, que exigía mucho trabajo. De ese modo, tierra y trabajo, siempre asociados, constituían los vectores básicos del lucro económico.

² La estrategia política del Movimiento de los Sin Tierra comprende tres momentos: “ocupación”, “campamento” - cuando se quedan en carpas improvisadas de lona negra y sin condiciones de cultivar la tierra – e asentamiento, cuando se da la emisión de propiedad de la tierra por el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INCRA). Ver Costa, Cléria Botelho da 2009 *Vozes da terra – lutas e esperanças dos sem terra* (Uberlândia: EDUFU), p. 4.

Además de eso, la gestión de un dominio agrario representaba una actividad aristocrática que apagaría la marca plebeya de intermediación comercial o en el tráfico de esclavos y, para reforzar ese imaginario, la élite promulgó en 1850 la ley de la tierra que imponía la compra de la tierra como único medio de acceso y legitimaba otras formas de pose, particularmente la invasión y apoderamiento de tierras públicas por grandes propietarios (Linhares: 1999). En ese sentido, tener gran cantidad de tierra era símbolo de prestigio social, el gran propietario era siempre un señor local. Sin embargo percibo que, ya sea bajo la condición de colonia, imperio o república, la racionalidad económica de la tierra y el prestigio social a ella conferido, siempre fueron mantenidos en el país. Así, está incrustada en el país una secular injusticia social derivada del monopolio de la tierra.

El señor Tarcisio Moreira, otro sobreviviente, elaboro bajo la forma de poesía, los significados de Eldorado dos Carajás para él, así como para muchos otros Sin Tierra. Presento abajo versos de la poesía denominada *A Chacina* (la matanza):

*Por eso mismo me pregunto
Oh! Dios mío, ¿qué mal hice?
Si en aquel pedazo de tierra
La única cosa que quise
Fue junto a mucho hermano
Hacer brotar plantación
Y ser un poco feliz
Vi compañeros cayendo
Yo sin poder hacer nada
Ellos tenían ametralladoras
Nosotros sólo teníamos la azada
El hombre con sangre en la boca
Niños corriendo como locos
Mujeres en disparada...*

Otro narrador, Señor Cícero de Morais, también un desvalido de la tierra, expresando la voz de muchos otros, colocó verbalmente el sentido del episodio para él y su grupo: "...Fue un horror. No tengo estudio, pero creo que la ley no debería permitir que la policía matase tanta gente de aquella forma"... Los versos de la poesía del señor Tarcisio Moreira, nos remite, sin dudas, al mundo de lo sensible. Él comparte con sus oyentes y con sus lectores la sensibilidad y los augurios de ser un Sin Tierra en nuestro país. Con todo, también aprehendo que al lado de recuerdos nefastos, sus imaginarios también son poblados por trazos de esperanza – "hacer brotar la plantación y ser un poco feliz", creencias que, ciertamente confieren sentidos a las duras vidas compartidas con muchos otros en el mundo rural de nuestro país. De esa forma, los sentidos de Carajás, para ellos, están relacionados al sentimiento de no se sentir hombres por entero, ciudadanos en su propio país.

El señor Cícero resalta la violencia³ del conflicto; la práctica hostil e irrespetuosa de la policía para con los trabajadores rurales Sin Tierra. Esas imágenes me hacen recordar Chauí (1992) al afirmar que la esencia de la violencia está en la privación del poder, o sea, en la desigualdad. Ellos aprehenden Eldorado dos Carajás como un conflicto que desnudó las

³ Violencia – representa una relación social caracterizada por un uso real o virtual de coerción, que impide el reconocimiento del otro – persona, clase, género o raza- mediante el uso de la fuerza o de la coerción, provocando algún tipo de daño, configurando el opuesto de las posibilidades de la sociedad democrática contemporánea. Santos, Tavares Vicente. *Violência no campo: o dilaceramento da cidadania. Reforma Agrária, jan-abril, 1992.*

hendiduras de las desigualdades de fuerza y poderes en el país; como un acto más de injusticia contra ellos que claman por la reforma agraria, por el derecho de mantenerse como trabajadores rurales.

La violencia física expresa en las agresiones corporales y hasta en la propia muerte de muchos de ellos reafirma la prepotencia, el poder de los propietarios rurales en la región, pero también reafirma en el gesto de la lucha colectiva, de la resistencia, de la desobediencia civil, la nueva condición de sujetos de la historia de los sin tierra orgánicamente ligados al movimiento de los Sin Tierra. Al afirmarse como sujetos sociales activos, definen lo que ellos consideran ser sus derechos y luchan para que sean formalmente reconocidos. Sobre esa cuestión, Gilmar Mauro, uno de los líderes del movimiento así se expresa: “ El objetivo principal del MST es la integración de una parcela de los excluidos al proceso de ciudadanía. Esta es la revolución que la élite rural teme. No es necesario tomar las armas”. Para esos hombres, la ciudadanía es aprehendida como un proceso todavía en construcción y, ella sólo será alcanzada con el acceso a la tierra, con la democratización del acceso al trabajo, a la salud, a la educación entre otros. Así, parecen entender la ciudadanía como un derecho de todos los hombres, como un derecho humano.

Todavía, vale recordar que aunque la lucha por la tierra esté marcada por la incertidumbre, por retrocesos en las negociaciones, por la pérdida constante de compañeros entre otros, su memoria no está poblada solamente por la violencia, por el sufrimiento. En ella también brillan luces de esperanza de otra historia brasilera donde la miseria y la opresión no sean más que cicatrices, memorias desvanecidas para las nuevas generaciones. Y el movimiento de los Sin Tierra atento a esa cuestión desarrolla y estimula mecanismos que aseguren el entusiasmo y la cohesión del grupo que van desde el izamiento sistemático de la bandera del MST hasta la realización de cultos, misas, fiestas religiosas y populares, además de cantorías, bailes, teatros entre otros.

Finalmente, los relatos expresan el conflicto agrario como una violación al derecho a la ciudadanía y a los derechos humanos. Sobre la violencia, la historiadora Maria Silvia de Carvalho Franco (1969) defiende la tesis de que ella se constituye en Brasil a partir de la rutina y de formas de ajustamiento en las relaciones de vecindad y se institucionalizó y se institucionalizó como un patrón de comportamiento. Para la autora, la violencia se torna, entonces, un modelo de conducta socialmente válido (el código del desierto) pasó a ser admitida en público apareciendo no solamente como un comportamiento regular como también positivamente sancionado. De esa forma, la violencia se naturaliza, aparece como un comportamiento imperativo teniendo efectividad y orientando constantemente la conducta de varios sectores de la vida social, incluso en las relaciones entre iguales. La emergencia de ese nuevo código está ligado a las condiciones de constitución y desarrollo de hombres libres y pobres.

Vale recordar que desde siglos pasados, Brasil ha estado inmerso en conflictos agrarios que configuran la violencia en la lucha por la tierra y esos conflictos, a lo largo de la historia vienen ganado volumen por causa del impiedoso avance del capital. Datos de la *Comissão de Pastoral da Terra*, órgano de la Iglesia Católica, revelen que en el periodo de 1998 al 2000, cerca de 1.167 trabajadores rurales fueron asesinados y ocurrieron 1.300 conflictos por causa de tierras.

A pesar de todo, observe, en las sesiones de rememoración, que algunos narradores manifestaron mecanismos de olvido como: silencio, mutismo, negación, confusión al recordar el acontecimiento, entre otros, como puede ser observado en el siguiente diálogo. El señor Geraldo Silva rememoró: - “...yo no recuerdo bien pero, me dicen que el primero a ser

muerto fue el “Sordito” porque él no oía el ruido de las armas”, y el señor Benedito Pereira: - “Ah!, ¿él fue el primero? Yo ni me acordaba más porque yo llegué allá y perdí el control cuando vi nuestros compañeros en el piso, siendo tratados como animales”, y la señora Josefina da Conceição no quiso volver en el tiempo y reconstruir sus recuerdos del trágico episodio. Apenas colocó: - “mi corazón aún está sangrando, no consigo hablar sobre eso.” Comprendo que el hecho de no recordar el primer muerto de la masacre puede ser interpretado como una forma, utilizada por el narrador, para definir los límites de sus recuerdos.

En ese sentido, el olvido no es negar el acontecimiento, sino la definición de un espacio que quedó vacío en la recordación. Doña Josefina, como muchos otros recordadores, prefirió no hurgar en las gavetas de sus recuerdos. Su silencio sobre lo acontecido puede significar una forma de no querer despertar un dolor dilacerante que vive en su alma, de no tocar en su estructura psicológica y emocional, abaladas por lo acontecido. De ese modo, recordar, olvidar no deben ser aprehendidos como categorías analíticas disociadas, son componentes de la memoria, entendida aquí como una frontera, en el sentido reconocido por los griegos, un punto a partir del cual el olvidar no comienza solamente después que el recordar termina y viceversa, mas si donde recordar y olvidar son fragmentos, retazos que se entrelazan simultáneamente en la composición de la memoria.

El embate: identidades en disputa

La historia agraria brasilera revela que muchas luchas, por la tierra, en diferentes tiempos y locales anteceden Carajás, tales como *Canudos*, en Bahía; *Contestado*, en Santa Catarina; *Trombas* y *Formoso*, en Goiás; *Ligas Camponesas, Porecatu*, en Paraná; *Ligas Camponesas*, en el Nordeste; *Corumbiara*, en Rondonia, entre otros, confirmando que el presente se forja en el otrora y que nuestras raíces están arraigadas en el suelo seguro de nuestros ancestrales. El pretérito destila la savia que hizo brotar y fortalecer el Movimiento de los Sin Tierra⁴ el cual, con prácticas y lenguaje diferentes de las luchas de sus antecesores denuncia el mundo de sus iguales y de sus contrarios. Él difunde junto a los sin tierra la esperanza de tornarse sujetos de su historia, distanciándolos de la concepción fatalista de la historia pautada en la noción de suerte, de destino (ZUR, 1998).

La masacre de Corumbiara en 1995 todavía estaba presente en la memoria popular por la indignación cuando ocurrió Eldorado dos Carajás, en 1996. En la reconstrucción de la tragedia, sus protagonistas delinearon diferentes performances en un palco que fue la vida cotidiana de muchos trabajadores sin tierra. Esa performance diferenciada será analizada a partir de la ambivalencia inscrita en la delimitación de la frontera entre ser sin tierra y ser propietario rural, o sea, en los senderos de la identidad. Entiendo que el juego entre realidades heterogéneas y homogéneas se realiza en la relación entre presente y pasado; es constitutivo de la experiencia humana y uno de los pilares del estudio de las identidades. Así, apuntaré a seguir algunos trazos identitarios de los principales protagonistas de Carajás.

Al realizar esta pesquisa de campo, en 2003, al aproximarme de algunos sobrevivientes de Carajás que se encontraban participando de una reunión del Movimiento de

⁴ La formación del MST fue iniciada en 1978 cuando 110 familias de trabajadores rurales fueron expulsas de la reserva indígena de Nanoai y ocuparon las haciendas de Macali y Brillante en Mato Grosso do sul y con el apoyo de la iglesia católica y de algunos sindicatos pronto floreció. Actualmente cuenta con un millón y medio de integrantes esparcidos en todos los estados brasileiros. Ver Costa, Cléria. *Vozes da terra: lutas e esperanças dos sem terra, Uberlândia, EDUFU, 2009, Fernandes, Bernardo Mançano. MST: formação e territorialização, São Paulo, Hucitec, 1996.*

los Sin Tierra, en Brasilia, vinieron hasta mí y se fueron presentando – “soy José María, un Sin Tierra”, después se aproximó una señora – “soy María de Jesús, una Sin Tierra” e inseguida un chico de 10 años que se presentó como Pedro, un sin territa. Como pesquisar no es solamente buscar los sentidos de lo visible, de lo dicho, mas también de aquello que está invisible, fui a buscar entender los sentidos de aquellas presentaciones. Después de algunas reflexiones elaboré un camino de interpretación. Para los sin tierra identificarse apenas por su nombre de bautismo, un sustantivo propio – José María, João parece no ser suficiente para que su identidad sea diferente de los otros, que sea reconocida por quienes los cercan.

Ni siquiera recurren a otro sustantivo propio, nombre del padre y de la madre – José María Alves Ribeiro, María de Jesús Pereira da Silva, forma indicativa de que su posición social está localizada en una familia localizada como postula la cultura brasilera. Ellos reconocieron la imposibilidad de hacerse conocer apenas con nombres propios – el suyo o el de sus padres – que pudiesen identificarlos. Parece que nada los singulariza: ni su nombre, ni sus padres, ni el cuerpo, ni el lugar donde viven, ni su pasado. Así parecen renunciar a una identificación individual y a camino de la colectiva agregando al sustantivo propio las palabras sin tierra y así se identificando: José, un Sin Tierra; Pedro, un sin territa. De ese modo, hablan de una identidad que es colectiva, que comparte lucha, sufrimiento, miseria, pero también alegría, solidaridad con muchos otros labradores. De ese modo, se asumen como posición de minoría organizada no para negar su diversidad, mas para anunciar su diferencia, ellos se recusan a homogeneizar su opresión mas, hacen de ella una causa común. Su individualidad, su identidad personal permanece oculta.

Entiendo que al sustituir los nombres familiares por el adjetivo Sin Tierra, buscan encontrar la diferencia entre ellos y sus padres, una primera identificación que es individualizada. Si ese proceso de identificación los hacia diferentes en relación a sus padres, al mismo tiempo los tornaba iguales a muchos otros labradores que no disponían de tierra para cultivar. Así, son diferentes de sus padres iguales a sus compañeros de lucha y diferentes, también de sus opositores, los propietarios de la tierra y en esa relación ambigua, ellos iban construyendo su identidad colectiva.

Sin embargo, me doy cuenta que la identidad de los sin tierra no está inscrita solamente en el adjetivo que agrega en el nombre, mas, sobretodo en la transformación del verbo en acción, en su hacer como protagonista de la lucha por la tierra, forma de defender y encontrar la vida. Si la diferencia con sus padres se realiza a nivel individual, la diferencia con los propietarios rurales se asienta en el colectivo. Con esa interpretación reafirmo la comprensión de las identidades como una construcción histórica que se realiza en las tramas de la alteridad y la diferencia (Hall: 2001). Así entonces, en vez de una esencia irreductible, las identidades pueden ser construidas como un flujo multifacético, históricas, construidas/reconstruidas en las negociaciones.

El discurso del excluido sólo se estructura a partir del discurso del otro, al mismo tiempo en que los discursos de poder son habitados por voces subalternas. Así, todo discurso sea del poder o del excluido es construido en la relación del Yo con el Otro, es relacional. Pienso que no existe un discurso social puro, cerrado, intocado – cualquier discurso está siempre luchando por espacio enunciativo, por lo tanto, es siempre una producción híbrida. (Bhabha, 2001). Con esa enunciación analizaré las identificaciones de los propietarios de tierra a partir de los relatos de los Sin Tierra.

La narrativa del Señor José Ferreira – sin tierra un sobreviviente de Carajás, muestra trazos identitarios de un propietario rural del Pará, uno de los sospechosos de ordenar la masacre:

“Él parecía ser una buena persona mas, solamente era apariencia. Cuando todavía estábamos acampando pasábamos muchas necesidades, no podíamos plantar, cosechar nuestros alimentos, y el estado nos mandaba – cuando mandaba – sólo un poco de alimento que no daba para nada, nosotros y nuestros hijos pasábamos hambre. Entonces salíamos buscando alguna cosa para darles de comer a nuestros hijos.

Un día fuimos a cosechar un maíz en aquella hacienda, de 10 unos mil *alqueres* de tierra y que sólo tenía un pedacito plantado era del señor *José Ribeiro*⁵. *El primer día no hubo nada, pero en el segundo, cuando llegamos allá, los matones de él estaban con fusil en mano e nos dijo: “si ustedes entran los matamos a todos.”*

(Entrevista: 2003).

El señor José Ferreira rememora los tiempos que antecedieron la masacre mostrándonos tensiones cotidianas vividas por ellos y los propietarios rurales de la región. Eso nos afirma la comprensión de que el conflicto mayor – la masacre – fue engendrado a lo largo de los años, que la edificación del presente se realiza a partir de otrora. El narrador, a partir de sus recuerdos, apunta algunos trazos identitarios del señor José Ribeiro – propietario rural que no cultivaba gran parte de su propiedad y que disponía de matones. La lectura de lo que fue dicho en ese discurso me lleva a interpretar que el trazo identitario del señor José Ferreira – el propietario rural – es diferente del narrador, un sin tierra. Sin embargo, él es igual a otros brasileros también propietarios rurales. Así, diferencia y igualdad se mezclan en la composición de las identidades y, consecuentemente de las memorias. Sin embargo, acrecentó que , en Brasil, en general, los grandes propietarios rurales son también empresarios rurales cuyo capital, sistema de incentivos fiscales y beneficios tributarios, son financiados por el poder instituido, practica iniciada desde la dictadura militar y que continua hasta hoy. Estos beneficios, sin duda, hicieron aumentar las desigualdades entre propietarios rurales y sin tierra acentuando la intensidad de los embates.

Otra narradora, la señora Neusa Alves reconstruyó con emoción, recuerdos que su memoria insistía en no olvidar:

“Cuando estábamos acampados yo estaba barrigona y tuve mi hijo ahí mismo, ni dio tiempo para nada, mi madre ,que también era del campamento engordó unas gallinas para comer en los días del reposo. Sólo que, en los días siguientes en que nació mi hijo, el dueño de la gran hacienda que había cerca mandó a matar todas las gallinas los pollos que teníamos”. Ahí me quedé sin nada y mi madre lloró mucho, decía que aquello era una humillación muy grande. Aquello fue una perversidad sin límites de aquel hombre, él parece que nos temía).”

(Entrevista 2003)

En cuanto en la narrativa anterior el propietario de la tierra usa de la fuerza visible (matones y fusil), doña Neusa explicita en su relato, otra forma de tentativa de dominación más velada mas, no menos cruel; la expropiación de sus usos, costumbres, de su cultura, un bien tan importante como la sobrevivencia física, sin ella, la continuidad de la sociedad está amenazada. Me refiero al cuidado, a la protección de la familia con la madre con un recién nacido. Durante los meses que anteceden al parto, es común que la familia entera se abstenga de determinados alimentos de forma a reservarlos para aumentar las provisiones para poder cuidar mejor de la madre durante el periodo pos- parto. Este hábito cultural del hombre rural fue dilacerado por las manos de matones al mando de aquellos que en la ambivalencia del

⁵ Nombre ficticio por solicitud del narrador.

juego entre semejanzas y diferencias, ejercitan la prepotencia, la fuerza desigual como mecanismos de sumisión, de demostración de fuerza, tentativa de control de aquellos hombres y mujeres que viven a su alrededor.

Con el poder económico en manos y próximos del poder instituido, cuando no lo integran, los propietarios rurales, en su mayoría con parca educación formal parecen verse como “fuerzas impías” capaces de desterrar la desigualdad social; de hacer callar voces minoritarias y de esa forma intentar imponer la hegemonía de su yo. Con esa representación de sí, naturalizada por la sociedad, el señor José Ferreira, como muchos de sus iguales se apropia de la fuerza física, brutal (matones armados) o expropia saberes culturales cuando no manda a enmudecer sus voces para siempre reafirmando su discurso de poder por la exclusión del otro.

Durante muchos años, los historiadores como los demás estudiosos de las ciencias sociales se pautaron en la comprensión de que los señores de la tierra en cuanto parte de los grupos hegemónicos de la sociedad brasilera eran capaces de cubrir por entero las voces de los trabajadores rurales. En esa perspectiva, los sin tierra eran sometidos a su poder económico, político, cultural y social, o sea, al poder del capital. En el presente, la relación Yo x otro, el estudio de la identidad viene siendo aprofundado, y con ese, la comprensión de que la identidad, además de relacional (Bhabha, 2002) no se forja solamente por la hegemonía abusiva mas, por la negociación.

Al intentar hacer anteriormente, una identificación preliminar de los sin tierra y de los propietarios rurales no pretendo pensar la igualdad y la diferencia, o sea, la identidad como pre-establecida por la tradición o de forma binaria- yo/otro; blanco /negro, mas iniciar la discusión cuanto al lugar discursivo y disciplinar donde las cuestiones de la identidad son colocadas. En la estera de Homi Bhabha (2001) entiendo que el discurso del subalterno, en el caso de Carajás, el sin tierra nunca fue excluido, de hecho, del discurso de poder, sus voces están presentes en los discursos oficiales, de formas no visibles, en las entrelineas, en las palabras que no fueron escritas. Ellas retornan y aterrorizan el discurso del poder como un fantasma, son voces denominadas, por el referido autor, como fantasmagóricas. Así, el discurso del propietario rural y del sin tierra están mezclados aunque sea por la invisibilidad. Además de las narrativas que resuenan en el papel, nosotros, historiadores orales, también lidiamos con la narrativa que brota en el calor de la emoción –la narrativa oral.

En esta pesquisa los relatos recogidos son narrativas de recuerdos que expresan momentos de mucha tensión entre sin tierra y propietarios rurales y sus aliados. Entiendo que la eclosión de Carajás fue gestada a lo largo de la historia agraria brasilera concentradora y excluyente, lo que no me parece suficiente para explicarla. Comprendo el norte de Pará, más específicamente Carajás como una zona de frontera, espacio que abrigara la disputa por la tierra deseada por trabajadores rurales sin tierra y hacendados de la región. Espacio que también abrigaba saberes, visión de mundo, experiencias y, sobre todo expectativas bien diferenciadas. Así se torna un espacio de articulación de las diferencias (Bhabha:2001), las cuales se presentaban en conflicto – sin tierra que aspiraban el aceleramiento del proceso de desapropiación de la hacienda Macaxeira y propietarios rurales que no aceptaban la desapropiación de la referida hacienda y deseaban bloquear la tramitación del proceso de desapropiación. Aún, al de esas diferencias inmediatas, muchas otras se alineaban entre aquellos protagonistas.

En el centro de esas diferencias fue iniciado un proceso de negociación: sin tierra solicitan que el estado, que representaba los propietarios rurales en el conflicto, les enviase alimentos. El cumplimiento de la negociación fue quebrado y en reemplazo de los alimentos

llegaron milicias armadas procedentes de Parauapebas e Marabá. Estaba puesta la tentativa de hegemonía del yo de los propietarios rurales sobre los sin tierra, tentativa sin éxito, una vez que los sin tierra reaccionaron tirando piedras, palos, herramientas de trabajo y mucha indignación como delinearon los relatos presentados antes. Si el suelo de aquí fue manchado con la sangre de Oziel y de muchos otros, él también es testigo de la resistencia, de la indignación, de la revuelta que invadió esos trabajadores rurales en aquellos instantes. Así, la tentativa de hegemonía total de los propietarios rurales sobre los sin tierra no aconteció a pesar de la amplia desigualdad de fuerzas existente entre ellos. A partir de entonces, la percepción de la tierra como símbolo de resistencia fue cada vez más fortalecida.

En la estera de Bhabha (2001) aprehendo que en ese espacio de las diferencias, los protagonistas en disputa no reconocían sus identidades. La de los sin tierra que deslizaba entre no tener tierra y el deseo de tenerla para mantenerse vivo y la del propietario rural que deslizaba entre ser propietario de gran extensión de tierra y el deseo de no cultivarla completamente. En esa tensión, instaurada, los sin tierra intentaban negociar su reconocimiento como ciudadanos, su visibilidad en la sociedad brasilera en fin, su sobrevivencia económica, física, política y cultural. Negociación sorda, la comunicación se realizó en la forma de mano única y la tensión culmina en el irrespeto a los valores humanos, éticos, en la violación al derecho a la ciudadanía, al resentimiento de la resistencia de los sin tierra. Pienso que en esa disputa desigual, los sin tierra, grupo cultural políticamente marginalizado, asume la posición de minoría organizada no para negar su diversidad mas, para como audacia anunciar su diferencia, mostrar su rechazo a la homogeneización de la opresión, mas hacer de ella una causa común. Los propietarios rurales de Pará, algunos de ellos diputados otros patrocinadores de las campañas electorales de aquellos comparten con el gobierno del estado la práctica de fieles ejecutores del proyecto neoliberal. Este defendía una política agraria que, sin abrir mano del monopolio de la tierra propiciase el desenlace de hechos conflictuosos previamente identificados, asentamientos residuales.

Esa política viene siendo implantada gradualmente con el objetivo de instituir mecanismos más eficientes, tanto en el campo político como en el campo jurídico para dispersar la contradicción entre el capital hoy globalizado. Sin embargo, eso sólo sería posible con la represión/exclusión del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST)

Boaventura Santos (1982), en alusión a la dialéctica negativa del Estado Capitalista en el conjunto articulado de sus contradicciones con las clases populares apunta que aquel adopta diferentes mecanismos en relación a aquellas:

Socialización/integración, trivialización/neutralización y represión/ exclusión. Vale registrar que en la historia brasilera ocurrieron periodos en que la cuestión agraria pasaba desapercibida por la sociedad tal como en los años de represión intensa de la dictadura militar, cuando la cuestión agraria no significaba incomodo y por eso fue dejada de lado. En ese caso, el mecanismo usado por el Estado fue la trivialización/ neutralización. En los momentos históricos en que los trabajadores rurales se organizaron y lucharon por la tierra – *quilombos*, *Canudos*, *ligas camponesas* – el mecanismo preponderante de dispersión de la contradicción dejó de ser la neutralización por la trivialización y pasó a ser el mecanismo de represión con exclusión. Es lo que viene ocurriendo con la organización del MST y que culminó con Eldorado dos Carajás.

Importa también recordar que en este periodo la Unión Democrática Ruralista (UDR), espacio de colectivización de los propietarios rurales y que parecía muerta desde 1994 vuelve al escenario brasilero. Delante de eso, el gobierno empieza un proceso dicho de desarmamiento con el evidente objetivo de recomponer en el campo, como en la dictadura

militar, sobre el control del ejército y otras figuraciones formales, la ocupación militar de las áreas donde la acción de los trabajadores era más intensa y organizada.

Comparto la opinión de Hannah Arendt (1994) al decir que la violencia es una señal de pérdida del poder. La entrada en escena de los trabajadores rurales de Pará, presentando reivindicaciones, buscando colocarse en la escena pública como iguales, como portadores de derechos, significaba que los propietarios tendrían que aceptar un interlocutor en el lugar donde antes solamente había espacio para el control (no necesariamente coercitivo). Significa tener que reconocer la movilización colectiva del “otro”, aquellos que constituían voces disonantes en nuestra sociedad; abrir espacio para negociaciones y de esa forma, colocar en riesgo los privilegios y la capacidad de mando que se asientan sobre la propiedad de la tierra. Así, el proceso de organización de los que lidian con la tierra en nuestro país, por más molecular que sea, introduce una fragmentación en las relaciones de dominación vigentes, produciendo nuevas identidades, posibilitando el desarrollo de contradicciones antes encubiertas por la fidelidad personal, permitiendo la construcción de intereses y demandas. Los trabajadores rurales aparecen, así, en la escena política, dotados de la capacidad de hacerse oír, mayor aún, cuanto más consiguen extender la red de relaciones que pueda apoyar, sustentar, organizar La insatisfacción.

La recurrencia a la violencia en Brasil es un importante indicador de como es difícil para nuestra sociedad construir una esfera pública, entendida como espacio de aparición de hombres y opiniones y, por lo tanto, de la propia libertad. Los derechos estructuran un lenguaje público que determina los criterios por los cuales los dramas de la existencia son problematizados y juzgados en sus exigencias de equidad y justicia. La violencia compromete la constitución de un espacio público: a través de ella solamente la fuerza y la capacidad de subyugar se hacen ver.

En los días posteriores a la masacre, el terror se esparció en aquella región de Pará y chocó todo el país. Abrió una nueva vertiente en el campo de la noticia y, consecuentemente, del conocimiento del conocimiento en torno a la violencia institucional. Fue transmitido por diferentes formas de comunicación tecnológica en 41 lenguas diferentes por el mundo entero, motivando protestas de entidades comprometidas con los derechos humanos. En el inicio de los años 90, la intensificación de los conflictos en el campo y la retomada de las ocupaciones de tierra han dado oportunidad para que diversos propietarios se manifiesten por los grandes medios a favor del uso de la fuerza y de la contratación de “empresas de seguridad”, una forma más sofisticada de nombrar y naturalizar las milicias privadas. Uno de los presidentes de la Confederación Nacional de Agricultura (CNA), Antonio de Salvo, refiriéndose a la posibilidad del Congreso Nacional aprobar la ley que prohíbe la concesión de liminares para la reintegración de pose, declaró en ton amenazador que iría “a salir de Brasil recomendando a los compañeros que (...) no dejen entrar (se refería a la ocupación de tierra). Usen los instrumentos que les parezcan necesarios (O Globo 03/03/96). Fue también titular de los principales periódicos nacionales, entre los cuales destaco algunos - “**Vergüenza**”, Correio Braziliense (18/04/96); Folha de São Paulo estampó - “**Líder asesinado con tiro a quemarropa**” (17/04/96); “**El país de las masacres**” anunció el periódico O Globo (18/04/96). El vocero de la presidencia de la república anunció que “**el orden público será mantenido a cualquier costo, contra las tentativas de desorden sin motivos claramente definidos**” (O Globo 25/07/96), como si el monopolio de la tierra, próximo a completar sus 500 años no fuese un motivo claramente definido. Diversas organizaciones de propietarios de tierra, entre estas, la Unión Democrática Ruralista (UDR) organizaron marchas y caravanas solicitando el fin del desorden y exigían “**la punición criminal para los cabecillas de los motines,**

prohibición de los acampamentos y mayor respeto a los líderes rurales patronales”.(Folha de São Paulo: (05/08/1996).

Es importante recordar que el periodismo comercial y los demás medios de comunicación en Brasil estuvieron y continúan bajo el poder de aquellos que centralizan el poder. Y la tierra fue y continúa siendo un símbolo de prestigio social, de poder, los propietarios de tierra continúan con la prerrogativa de los poderosos, de los dueños del poder. Agréguese a eso el hecho de que muchos de ellos son diputados o senadores electos por sus pares para defender, formalmente, los intereses de aquellos en las cámaras legislativas, federal o en el senado. De esa forma, bajo las letras impresas en los periódicos circulaban formas de pensar, de ver y comprender el mundo de los poderosos. Eso me hace recordar de Bronislaw Baczko (1989) al colocar que aquel que detenta los medios de comunicación, detenta el poder. El autor resalta que delante del alto patrón de desarrollo tecnológico y del mundo globalizado, las formas de dominación se tornan cada vez más sutiles, entre estas podemos destacar - el imaginario, que encuentra en la prensa una excelente forma de diseminación.

Así, los significados de la tragedia de Carajás no se presentan de forma homogénea, ganaron matices diferenciados según el lugar que los sujetos ocupaban en la sociedad, su cultura y, sobretudo la visión de mundo que escogieron como suya. Para los sin tierra, los sentidos de aquella violencia están ligados a la negación de los derechos humanos, expresa fundamentalmente, en la ofensa al derecho a la vida, a la integridad física y en la desigualdad de poderes, como vimos antes. Veamos como el mismo acontecimiento fue aprehendido por los propietarios de tierra y para el Estado del cual ellos se mantenían y continúan aliados. Vale resaltar que los periódicos resaltaban la explosión de la violencia en el campo, mas el clima de violencia y tensión era claramente atribuido al Movimiento de los Sin Tierra. Así, en los meses que siguieron, la prensa lanzó un bombardeo sobre el Movimiento Sin Tierra, por ejemplo: “MST almacena en los asentamientos armas contrabandeadas de Paraguay”; “el entrenamiento de los sin tierra es hecho con ayuda de alemanes, chilenos, cubanos, nicaragüenses y soviéticos”; “la organización del MST sigue modelo paramilitar”, entre otros titulares.

Por los titulares presentados, observo que en las representaciones de los propietarios rurales y sus aliados, la masacre fue percibido y presentado a la sociedad como un acto más de violencia promovido por el MST, un movimiento de guerrilla en el campo brasileiro. En cuanto el mismo preparaba sus integrantes para el uso de armas intercambiaba experiencias con países que en el pasado vivieron experiencias de guerrilla para preparar la llegada del día bienaventurado, de la revolución socialista. Así, la tragedia de Carajás sería una emboscada más del MST para subvertir el orden vigente. Mas, al retirar el velo que cubre esas representaciones, observo la intencionalidad de los artículos periodísticos en realzar la peligrosidad y diseminar el imaginario de miedo del Movimiento de los Sin Tierra en la sociedad. Miedo de que el Movimiento, con su lucha aguerrida, conquistase la sociedad brasileira y así, fuese capaz de invertir el orden vigente en el país. Además de eso, el miedo también se anclaba en el pavor a lo desconocido. Los sin tierra contaban con costumbres, valores, visiones del mundo bien distintas, no reconocidas por ellos.

Otro sentido de la masacre para los propietarios rurales y sus coligados fue la desobediencia de los sin tierra a las determinaciones del poder público, crimen por violara a la sacro santa propiedad privada de la tierra, desobediencia que ganó la connotación de crimen. Son memorias pautadas en la desobediencia, en el desorden, en la estera del fantasma de la ideología comunista. Así, el Estado propagaba una versión oficial de la memorias pública para fines de legitimación y retórica política en cuanto los trabajadores rurales las reelaboran para

transformar sus tragedias personales en historias. Por fin, la masacre de Eldorado dos Carajás fue un exterminio macabro ejecutado por el poder público, a través de la acción policial contra niños, mujeres y hombres en lucha legítima por la tierra. Por eso abrió una nueva vertiente en torno a la violencia institucional.

Recuerdo que al recibir las primeras informaciones sobre Carajás, el entonces presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso, en su pronunciamiento en los medios (TV y radio) dijo que el hecho representaba el encuentro del Brasil moderno con el Brasil arcaico del cual hacían parte los sin tierra. Discurso que expresó su forma de pensar dicotómica y equivocada. Eso porque, según mi percepción y comprensión teórica modernidad e incendio no se realizan en una perspectiva de linealidad histórica que tendría como cumbre el progreso sino que conviven simultáneamente en la sociedad brasilera. En ella conviven tecnologías altamente sofisticadas al lado de tareas rudimentarias que reafirman la discontinuidad histórica. Y esa linealidad histórica posibilita la construcción de una historia oficial que siempre va a excluir y pisotear los vencidos (Benjamin, 1989).

Además de eso, entiendo que el sentido de moderno extrapola la utilización de máquinas, de tecnología de punta, el incentivo a la creación de grandes empresas rurales, el estímulo a la exportación, el ingreso de capital al campo. También significa la ampliación de las políticas públicas al acceso y al cultivo de la tierra, es antes de todo, creatividad para buscar lo nuevo, audacia para buscar nuevas formas de acceso y de cultivo de la tierra, aun sabiendo que muchas veces costará la vida, es compartir con los compañeros el dolor mas, también las alegrías y esperanzas, es luchar para su inclusión en una sociedad altamente excluyente. Por fin, en las entrelineas del discurso del presidente pululaban voces de los sin tierra, voces fantasmagóricas que reforzaban el miedo de los propietarios rurales y sus aliados, de los sin tierra. Ese miedo justificaba la diseminación del imaginario del miedo en las diferentes formas de comunicación existentes en nuestra sociedad.

En un paseo por la producción historiográfica de la antigüedad pasando por el renacimiento, el discurso histórico exaltaba la valentía, el coraje de los hombres que dirigían la sociedad para justificar el poder del cual estaban revestidos. El miedo era peculiar a los villanos. Solamente más tarde, con la Revolución Francesa, los villanos conquistaron por la fuerza el derecho al coraje. A partir de entonces, el coraje fue incorporado a la calidad de los excluidos. Todavía, en Brasil, la imagen del excluido (sin tierra, indios, homosexuales, etc.) continúa siendo diseminada como villano en periódicos, en la literatura, etc. Vale recordar que las prácticas de los sin tierra que infringen la ley – ocupación de tierra; bloqueo de carreteras, entre otras, son dispositivos simbólicos por ellos utilizados y que guardan el sentido del deseo del fin de un orden social represivo; ultrapasado y también la esperanza de conquistar la anhelada libertad - “un trabajo sin patrón”. En estos sueños ellos parecen encontrar el sentido para sus vidas. Entiendo que estas prácticas transgresoras brotaron de la audacia, de la imaginación creadora, del coraje y de la firmeza que marcan sus existencias, cualidades de los sin tierra que la élite económica no deseaba ni desea que se tornen visibles en la sociedad. Walter Benjamin (1989) al estudiar a social democracia, a mediados del siglo XX ya alertaba a los investigadores para no naturalizar la creatividad, la confianza, el coraje, la firmeza, el humor como atributos sólo de los vencedores.

Una mirada sobre la cuestión agraria en el país revela que ese imaginario fue forjado en suelo histórico. Desde las últimas décadas, anteriores a la masacre, se vivía una intensa transformación en la agricultura brasilera, marcada por la modernización tecnológica y por la agro-industrialización, lo que para muchos también implicaría en la modernización de las relaciones sociales, superando el atraso y un conjunto de prácticas culturales a él vinculadas.

A pesar de haber sido creada una legislación reguladora, Estatuto del Trabajador Rural y Estatuto de la Tierra y de leyes que se propusieron a extender un conjunto de beneficios sociales al campo, la modernización no fue más allá del proceso productivo, innovó técnicamente y ordenó relaciones sociales ya existentes. Uno de los efectos de esa modernización fue acelerar el proceso de expropiación de pequeños productores y la consecuente migración de estos para la ciudad o en busca de nuevas tierras. Con eso, emergen nuevas cuestiones tales como: desenraizamiento de saberes, de su cultura y delante de eso, la emergencia de un nuevo derecho - el de la preservación de sus memorias, de sus identidades de trabajadores rurales, despuntan nuevas necesidades y campos de interés y con esos el apareamiento de nuevos personajes en la historia agraria brasilera.

A pesar de la fuerte diseminación del miedo de los sin tierra como “guerrilleros”, “ladrones”, “provocadores”, “subversivos” entre otros tantos adjetivos que les califican los otros protagonistas de la tragedia en cuestión, la indignación se propagó en la sociedad brasilera y fuera de ella. A nivel nacional, el Movimiento de los Sin Tierra promoverá múltiples manifestaciones de protesta a la masacre de Carajás en diferentes estados brasileros; la Vía Campesina, organización de trabajadores rurales, instituyó el día 17 de abril como el día internacional de la Lucha Campesina en todo el mundo y, en febrero de 1997, el Movimiento de los Sin Tierra organizó la Marcha Nacional por Empleo, Justicia y Reforma Agraria. Iniciada el 17 de febrero de 1997, partiendo de tres puntos del país, fue programada para llegar en Brasilia el 17 de abril de 1997, primer aniversario de la masacre de Eldorado dos Carajás.

En cada ciudad por donde la marcha pasaba, los movimientos populares locales los acompañaban hasta la entrada del municipio siguiente y su conclusión ocurrió en la Capital Federal en una gran manifestación popular. Aún como parte de las conmemoraciones, fue inaugurada una exposición de fotos de Sebastião Salgado cuyo tema fue la lucha por la tierra en todos los estados del país y en más de cien ciudades del mundo. Estas manifestaciones constituían redes de recuerdos, expresaban formas de presentificar la ausencia de los muertos, entes queridos que mancharon con su sangre la tierra, motivo de su lucha; son también formas, por medio de la lucha en conjunto, de fortalecimiento de sus identidades colectivas de trabajadores rurales miembros del Movimiento de los Sin Tierra. Son manifestaciones no oficiales, populares y que pueden ser aprehendidas como una forma de lucha contra el olvido de la tragedia por la sociedad, son contra memorias (Nora: 1989). Reconozco como de fundamental importancia la manifestación de esas contra memorias, una vez que los propietarios de la tierra y sus colegas al difundir el imaginario del miedo de los sin tierra por la prensa nacional (hablada y escrita) los transformaban de víctimas a verdugos. Los muertos y los heridos quedaban como responsables por la violencia.

Además, como la memoria es selectiva, ni todos los hechos acontecidos son recordados. Delante de eso, es común al Estado, a los grupos hegemónicos de la sociedad, seleccionar aquellos que deben ser conmemorados y, consecuentemente, los que deberán quedar adormecidos en las aguas del Letes. Eso me remonta a Williams (1997) al colocar que el Estado al hacer una reconstrucción de la historia del país selecciona acontecimientos, hechos históricos que le interesa conmemorar y los torna “oficiales”. De ese modo, promueve, estimula el olvido de otros que no le interesa recordar, tal como el caso de Eldorado dos Carajás. Así, según el mencionado autor, el Estado promueve la amnesia histórica, entendida como supresión y descrédito de toda voz alternativa de oposición. Delante de eso, destaco que la memoria triunfante para afirmarse necesita opacar o someter contra memorias, reafirmando que la construcción de la memoria se hace en un espacio de luchas, configurando poderes menos visibles y eficaces en la construcción de las identidades sociales. Finalmente, la

masacre de Eldorado dos Carajás fue un exterminio cruel ejecutado por el poder público, a través de la acción policial contra niños, mujeres y hombres en lucha legítima por la tierra. Por eso abrió una nueva vertiente en torno a la violencia institucional.

Delante de las protestas internacionales y nacionales por la violencia en Eldorado dos Carajás - las contra memorias - los propietarios de tierra acusados hicieron resistencias políticamente fuertes, junto al gobierno para que fuesen adoptadas algunas medidas paliativas que calmaran el campo brasileiro en ebullición. El gobierno, aunque no reconociendo formalmente la presión, adoptó algunas providencias relativas a la reforma agraria. Esas medidas se limitaron al campo restringido de la autorización constitucional, la distribución de la tierra dicha improductiva, siempre como complemento de la producción agrícola de las empresas rurales. Esa política viene siendo implantada gradualmente con el objetivo de instituir mecanismos más eficaces tanto en el campo político como en el campo jurídico para dispersar la contradicción entre el latifundio y el capital. Para ese fin, será necesaria la descaracterización de la Reforma Agraria como proceso histórico de luchas y conquistas. En Brasil, eso sólo será posible con la neutralización del Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST).

Por fin, pienso que rehacer memorias de Eldorado dos Carajás desmitifica la imagen propagada por la prensa de los sin tierra como agitadores, subversivos, violentos, entre muchas otras. Frustra ciudadanos en lo que se refiere a la imagen de una vida en el campo más tranquila, feliz y reafirma la representación del campo como espacio de luchas, mas también de expectativas, pues instalando sus lonas, cocinando y pariendo hijos, esas familias conquistan para sí el “desierto de los hebreos”, un ámbito sobre el cual la dominación no tiene más dominio. Sin alarde van diseminando el sueño de una sociedad justa, igualitaria donde “la tierra ha de volver a los hijos de la tierra” como muestra el epígrafe presentado al comienzo del texto.

Referencias Bibliográficas:

- Arendt, H 1994 *Sobre a violência* (Rio: Relume Dumará).
- Bhabha, Homi 2001 *O local da cultura* (Belo Horizonte: EDUEG).
- Benjamin, Walter 1989 *Obras Escolhidas*, v. I (S.P: Brasiliense).
- Chauí, Marilena 1998 “Ética e Violência”, em *Teoria e Debate*, (São Paulo), nº 39.
- Foucault, Michel 1979 *Language, Counter - Memory, Practice* (New York: Cornell University P).
- Franco, M. S. 1969 *Homens livres na ordem escravocrata* (São Paulo: IEB/USP).
- Hall, Stuart 2001 *Identidade cultural na pós modernidade* (Rio: DP&A).
- Linhares, Maria Yeda; Teixeira, Francisco Carlos 1999 *Terra Prometida* (Rio: Campus).
- Martins, José de Souza 1989 *Caminhada no Chão da Noite* (São Paulo: Hucitec).
- _____ 1986 *A Reforma Agrária e os limites da Democracia na Nova Republica* (São Paulo: Hucitec).
- Nora, Pierre 1989 *Representation*, Ed. Especial (Paris).
- Santos, Boaventura 1982 “O Estado, o Direito e a questão urbana”, em *Revista Critica de Ciências Sociais*, (Coimbra), nº 9, p. 9.
- Santos, J. V. Tavares dos 1992 “Violência no campo: o dilaceramento da cidadania” em *Reforma Agrária* (Rio de Janeiro) jan-abr.
- Williams, Raymond 1977 *Marxism and Literature* (Oxford: Oxford University Press).
- Davis, N. Zenon; Starn, Randolph 1989 “Introdution to Memory and Counter - Memory”. In *Representations*, ed. especial.
- Zur, N. Judith. *Violent Memories. Mayan War Widows in Guatemala* (Colorado: Westview Press).

Corpus Documental:

Oral

História Oral realizada com trabalhadores rurais sem terra

Escrito

Periódicos: Correio Braziliense, Folha de São Paulo, O Globo

Revistas: Veja

Censo Agropecuário, 1996